

# A JOSE DE LA RIVA AGÜERO

Por Guillermo Augusto Figallo

**"Cabalgas ya, hidalgo austero de cepa brava por las regiones de la inmortalidad. Que tales fueron tus blasones y los supiste ganar por esforzado".**

§ E ha pretendido hablar de Riva Agüero sin ser combativo. Ante la venerable sombra del que nunca temió a la verdad, regatear los méritos con amable displicencia, cumplir por mero formulismo, o ser amigo complaciente es demostrar mezquindad de espíritu. Cabe sí, por el contrario, el sentido elogio del que hace uso de la palabra, sin torcidas intenciones, con el dolor viril y profundo que produjo su muerte.

Singular y notorio ha sido el homenaje póstumo al historiador y erudito, al bibliógrafo y académico. Mas, frente a la figura del hombre, su manera de ser y sus principios nadie ha querido atreverse, ni penetrar sus esencias. Parece que el carácter personalísimo de este gran señor de la osadía merece un tributo máximo: el silencio.

Pero yo, con mi natural desenfado y el peculiar afán de redimirlo todo que a los veinte años nos acosa, profano este consenso, intencional o nó, que puede prestarse a muchos equívocos, por cierto.

Si todos están acordes en aceptar que por su hombría de bien, su entereza y

honradez indiscutible, Riva Agüero fué "prez de hidalguía cabal", si también reconocen al humanista eminente, al crítico profundo, al escritor castizo cuya pluma se confunde con los Rodó y los Montalvo, nadie ha penetrado su corazón de peruano, su vocación de maestro.

Sabemos que, y no está de más repetirlo, con la serenidad imponente de las cumbres y la ironía leve de las inteligencias privilegiadas Riva Agüero ha sido el pensamiento vivo, el representante único, el portavoz autorizado de una estirpe imperecedera: la aristocracia del talento, defecto imperdonable.

Y, por descubrir con altivez los errores y falsedades, los vicios y defectos, tan arraigados por desgracia en nuestro medio, Riva Agüero fué víctima constante del vituperio y el escarnio de los ineptos e incapaces, de los tardos y menaguados. Condenó siempre el maquiavelismo burdo y mezquino de los que prodigan lágrimas de cocodrilo, de los Judas y Fouché nacionales.

Porque ser incapaz de dobleces en el Perú es pecado. Era imposible que la conveniencia, el oportunismo y el acomodo hicieran mella en su natural, severo y noble, porque tenía el don inestimable de ser leal consigo mismo. Nunca hizo distinciones sutiles entre la idea y la obra; sin esa moral elástica y complaciente, tan criolla y tan nuestra, su vida fué una afirmación constante. Su

temple de católico y peruano sufrió la dura prueba de la incomprensión y de la inquina de los infundios arteros de panfletos y pasquines.

Y así, ante la saña y encono de unos, la indiferencia de otros y la admiración sincera de pocos ha muerto Riva Agüero.

Se dió en tildarle de intransigente y reaccionario. Todo porque no se puede claudicar ni hacer concesiones con los "sustantivos eternos: Mi Dios, Mi Honor, Mi Patria". Porque la Fé no se puede mantener a hurtadillas como cosa

robada o vergonzante, porque la Patria va más allá de las ambiciones personales, porque el Honor es la arquitectura del alma.

José de la Riva Agüero: Si alguna vez te abandonaron supiste seguir luchando solo en fiera y desigual batalla.

Recuerda al menos que en la cátedra del heroísmo máximo aprendimos esa gran lección que fué tu vida.

Cabalgas ya, hidalgo austero de cepa brava por las regiones de la inmortalidad. Que tales fueron tus blasones. Y los supiste ganar por esforzado.

**A**UNQUE sea innecesario decirlo, esperamos que el recuerdo de nuestro querido Maestro, perdure, para bien de la Nación, en el magnífico local que él quiso que a su muerte, construyera la Universidad. El celo de quienes nos dirigen, sabrá, con la publicidad adecuada, realizar este sagrado deseo.